

Walther L. Bernecker

## **España y la Unión Europea: una relación cambiante**

Probablemente, los acontecimientos más importantes de la historia española reciente fueron dos: el restablecimiento de la democracia después de 1975 y la adhesión española a la Comunidad Europea el 1º de enero de 1986. Estos acontecimientos, claves en el desarrollo de la España moderna, están estrechamente vinculados el uno con el otro. La expectativa de poder formar parte del gran proyecto europeo facilitó el proceso español de transición a la democracia. Y la adhesión a la Comunidad Europea contribuyó decisivamente a la consolidación del nuevo régimen democrático. Además, provocó la “normalización” de España, que por fin se hallaba en el entorno político y económico que le correspondía tanto por su situación geográfica como por su tradición histórica.<sup>1</sup>

Los españoles entendieron el proceso de adhesión a la Comunidad Europea como una verdadera “causa nacional”, ya que ningún otro estímulo ha logrado liberar tanta cantidad de energía ni mostrar, con igual fuerza, el espíritu de superación de los españoles. Ninguna otra cosa ha sido tan unánimemente apoyada por la ciudadanía. Este alto grado de consenso resultó esencial para asegurar el éxito de la adhesión.<sup>2</sup>

El proceso no fue fácil. La economía española, que había que incorporar a Europa, era de grandes dimensiones y con sectores muy competitivos por un lado, pero también con serios problemas estructurales y con un grado de desarrollo menor que el de la mayoría de los estados miembros, por el otro. La solicitud del gobierno español se presentó en ju-

---

<sup>1</sup> Para lo que sigue, *cfr.* Solana, Javier: Los “alemanes del sur”, en: *Kultur-Austausch*, 4/2001, pp. 8-11.

<sup>2</sup> Sobre el proceso de adhesión de España a la Comunidad Europea, *cfr.* Bernecker, Walther L.: *España entre tradición y modernidad. Política, economía, sociedad (siglos XIX y XX)*. Madrid, 1999, pp. 312-320.

lio de 1977, y la firma del tratado de adhesión no se llevó a cabo hasta junio de 1985. En total fueron, pues, casi ocho años de negociaciones vividos con impaciencia y a veces con incredulidad por la opinión pública española. El temor al impacto de las exportaciones agrícolas españolas y los efectos de la segunda crisis del petróleo de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, contribuyeron a demorar el proceso. Pero finalmente se logró un acuerdo equilibrado. España tuvo que aceptar algunos períodos transitorios muy prolongados, como en agricultura y en pesca. Pero la Comunidad también aceptó períodos transitorios exigidos por España para permitir la adaptación sin traumas de algunos sectores productivos.

Uno de los aspectos más importantes de la adhesión de España a la Comunidad Europea fue, que el país ibérico rompió definitivamente su largo y anómalo período de aislamiento y se incorporó a una comunidad de naciones en plena ebullición, decidida a dar un salto cualitativo en el proceso de la construcción europea. Fue en aquellos años cuando se negoció el “Acta Única Europea”, y este acuerdo fue seguido por el del histórico Tratado de Maastricht y por la ampliación de la Comunidad a 15. Todos estos cambios y procesos supusieron para España un enorme desafío, no sólo en términos de competitividad y modernización económica, sino también de adaptación de sus recursos humanos, públicos y privados, a nuevos métodos de trabajo y a mayores exigencias. El esfuerzo de adaptación fue arduo para un país que había estado encerrado en sí mismo durante mucho tiempo e inseguro con respecto al exterior.

De acuerdo con varias encuestas representativas<sup>3</sup> realizadas a fines de los años ochenta, la conciencia de lo europeo estaba relativamente más acentuada en España que en los otros países de la CE. Los entrevistados españoles eran quienes más ventajas creían encontrar debido al ingreso de su país en la Comunidad; quienes mayoritariamente defendían el aumento del poder de decisión de Bruselas en detrimento del nacional; quienes estaban en gran parte dispuestos a un sacrificio económico con objeto de obtener inversiones y traslado de puestos de trabajo de los otros países de la Comunidad. Eran quienes en su mayoría confiaban en la anulación de las fronteras como un impulso decisivo

---

<sup>3</sup> *El País*, 19-11-1989, pp. 6 y s.

para la creación de una Europa unida; los que más claramente se pronunciaban en favor de una Moneda Unitaria Europea; quienes, en suma, hasta en materia de formación y prestaciones sociales más dócilmente hacían concesiones de tendencia centralizante.

El debate que se llevó a cabo en España después de la entrada del país en la Comunidad Europea se concentró en la visión de “Europa” como panacea económica, con sus consiguientes aspectos de creencia en el progreso, el frenético consumo de bienes y la notable aceptación de los valores liberales “occidentales”. Pero oculta el hecho que las relaciones entre España y Europa no se redujeron únicamente a los aspectos político y económico a lo largo del siglo xx. Antes bien, éstos carecían relativamente de importancia. Debe observarse que anteriormente el tema central del debate era la idiosincrasia española, la ontología de su historia, con su presunta vía diferencial a partir de la irrupción de la Modernidad en la Era de la Reforma. Los vehementes debates con frecuencia tomaban carácter universalista, dándole al problema una dimensión de cultura y civilización. Se trataba, primordialmente, de una discusión filosófica acerca de “España como problema”.<sup>4</sup>

El debate sobre las relaciones de España con Europa es tan antiguo como la “disyunción” de la Península Ibérica dentro del desarrollo general de Europa en la Era Moderna. Los españoles mismos caracterizaron la diferencia de su país respecto a Europa en forma dicotómica como retraso versus progreso, aunque —según la postura—, adjudicándole a ello diversos valores: sea inferiorizando su civilización ante la superioridad científico-racional europea, sea superiorizando su actitud espiritual-moral ante el fetichismo del progreso material. Las diversas interpretaciones únicamente parecían estar de acuerdo en que el “Sonderweg” español estaba relacionado con el problema de la “decadencia”, el subdesarrollo económico del país, y éste, a su vez, con la gerencia económica, con la actitud hacia el trabajo y su legitimación.

---

<sup>4</sup> Éste es el título del conocido libro de Laín Entralgo, Pedro: *España como problema*. Madrid, 1948; ver también la dura réplica de Calvo Serer, Rafael: *España sin problema*. Madrid, 1949.

## El largo camino hacia la Comunidad Europea

Cuando en la transición, tras la muerte de Franco se emprendieron manio-bras en política exterior, España tuvo que tomar una decisión: establecer relaciones más estrechas con Europa, jugar la carta de Latinoamérica y el Norte de África o permanecer en una alineación neutral.<sup>5</sup> La entrega de la solicitud de ingreso en la CE el 28 de julio de 1977 supuso la toma de partido por la primera opción. El mismo año, España entró a formar parte del Consejo de Europa. Dos años más tarde firmó la Convención Europea de Derechos Humanos. Las negociaciones de entrada comenzaron en febrero de 1979 en Bruselas, pero no avanzaron hasta 1982.

La nueva solicitud de ingreso en 1977 por parte de España fue una decisión histórica. Se abrió en España una nueva etapa de discusión sobre Europa: se equiparó la ansiada pertenencia a la CE con vuelta a la “normalidad”, a la “Casa Común” europea, con modernización económica y el impedimento de una involución política. El ingreso en la Comunidad debía conducir –según Joaquín Ruiz-Giménez– a una “mentalidad más abierta, dinámica y profesional”, debía ampliar perspectivas y reforzar la predisposición a la innovación. El ingreso constituía para España primariamente una meta política deseable, para la cual estaba dispuesta a pagar un precio económico. La cuestión de la adhesión estaba relacionada con la honra española y el reconocimiento por parte de los europeos.<sup>6</sup> La apertura de España a Europa y la creciente aceptación de España por parte de Europa, así como el proceso de cambio interno en España se condicionaban mutuamente. Existía, por lo tanto, una correlación entre el proceso de democratización interno y el afán por romper el aislamiento exterior.

Las negociaciones, que empezaron a finales de los años setenta, pasaron sin pena ni gloria. En España había otros problemas más apre-

---

<sup>5</sup> Ver para la política exterior a partir de 1975 Niehus, Gerlinde Freia: *Außenpolitik im Wandel. Die Außenpolitik Spaniens von der Diktatur Francos zur parlamentarischen Demokratie*, 2 vols. Frankfurt, 1988, así como la visión más bien convencional de Armero, José Mario: *Política exterior de España en Democracia*. Madrid: 1989. Para las relaciones de España con la C.E. y las expectativas al morir Franco, ver el número especial “Spanien” del *Forum Europa* n. 7/8, 1975.

<sup>6</sup> Frey, Peter: *Spanien und Europa. Die spanischen Intellektuellen und die europäische Integration*. Bonn, 1988, p. 101.

miantes en el orden del día: la transición pacífica a la democracia debía llevarse a cabo con todas las consiguientes imponderabilidades, y algunos países europeos ponían nuevas dificultades en el camino. Se puso de relieve cómo la Comunidad y España perseguían intereses distintos (también en el terreno económico). La Comunidad tenía la intención de introducir sus productos industriales en España con el menor número de trabas posible, mientras que España pretendía proteger en particular sus productos industriales, de una competencia aplastante. Lo contrario ocurría en el sector agrario. El verdadero punto de conflicto durante las negociaciones lo constituyeron la poderosa pesca española y el estatus de los emigrantes españoles en la Comunidad. Expresión de las fuertes tensiones que tuvieron lugar durante las negociaciones fueron las repetidas interrupciones en la negociación y los debates casi interminables sobre las tarifas aduaneras, plazos transitorios y normas excepcionales.

Las expectativas españolas puestas en Europa disminuyeron a lo largo de los siete años que duró el proceso de adhesión. A la vez que crecía la confianza en la propia capacidad, aumentaba el escepticismo respecto a las ambiciones democráticas de los europeos, alimentado por el comportamiento reservado del extranjero ante el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. En definitiva, el proceso de adhesión dio paso al desencanto hacia la Comunidad. Las concepciones españolas sobre la Comunidad tornáronse más realistas. Surgieron corrientes distanciadoras y preventivas, basadas menos en un antagonismo que en la indiferencia y el desinterés.

A lo largo de las negociaciones de adhesión, los planteamientos españoles respecto a Europa sufrieron transformaciones al menos en tres ámbitos centrales:<sup>7</sup> si en un primer momento se había visto en la CE un tipo de protector de la todavía débil democracia española, gradualmente fue ganando terreno la idea de que la democracia española se había establecido sin influencias exteriores dignas de mención y que la CE no era de ningún modo una garantía para asegurar la democracia. En cuanto al impulso modernizador que iba a venir de la mano de la Comunidad, perdió posiciones la idea inicial de una estrategia de cambio económico influida por el exterior; la modernización era más bien tarea que excedía lo económico y debía ser conseguida por la propia

---

<sup>7</sup> Según Frey (*op. cit.*), pp. 142-146.

sociedad. Y si Europa era contemplada, en cuanto a la problemática del regionalismo, en un principio como ejemplo de variedad y descentralización –que debía servir como muestra llevada pacíficamente a la práctica para asegurar e impulsar moralmente el proceso de regionalización español–, a lo largo del proceso aumentaban las dudas sobre las posibilidades de acción federales de la Comunidad. Finalmente, España se convirtió en ejemplo para otros países europeos.

## La identidad europea de España

Pocos años después de su entrada (1986) en la Comunidad Europea, el gobierno español temió que “el proyecto de consolidación de la Comunidad Europea” se retardase debido al riesgo que suponía la revolución pacífica de 1989 en Europa central y del este, y los subsiguientes cambios en el contexto internacional. El reforzamiento de la integración europea y la modernización de España se habían convertido en sinónimos.<sup>8</sup> Los españoles no perdieron de vista nunca los aspectos culturales y políticos que la pertenencia a la CE conllevaba, ni durante las negociaciones de adhesión, ni tampoco más tarde, cuando se discutía más que nada sobre los problemas de la adaptación económica.

En este sentido, debe señalarse que la adhesión española a la CE colmó tres significativas funciones históricas en el terreno económico, político y cultural: por una parte, en el ámbito económico, anuló los tradicionales principios de funcionamiento de la economía española, acelerando la participación en instituciones europeas. Se abrió una competencia amplia y dinámica a la economía española al tomar parte en los mecanismos de la división de trabajo en Europa occidental. Ello condujo a dolorosos procesos de adaptación, por un lado<sup>9</sup>; pero por otro, convirtió los anteriores intentos aislacionistas en reliquias del pasado. En segundo lugar, en el ámbito político, España se integró en el proceso de cooperación multilateral, con lo que recibió informaciones y derechos

---

<sup>8</sup> Ver los resultados electorales en: *Anuario El País 1990*. Madrid, 1990, p. 135 y el artículo de la p. 144.

<sup>9</sup> Véase el artículo “Comunidades Europeas”, en: Bernecker, Walther L. *et al.* (eds.): *Spanien-Lexikon*. München, 1990.

de colaboración en decisiones que condicionarían el futuro de Europa, y con él, el del mundo. En tercer lugar, y con respecto al problema de la identidad nacional, el hecho de tomar parte en las decisiones en Europa, dio como resultado un afianzamiento de la solidaridad con el destino europeo. España encontró el camino de vuelta a su destino europeo, del que había sido apartada durante el franquismo casi medio siglo.

El día de la firma del tratado, el rey Juan Carlos, aclaró a los Jefes de Estado y de Gobierno presentes en Madrid, que encarnaban “lo que el pueblo español entendía por Europa: los principios de Libertad, Igualdad, Pluralismo y Justicia, que también inspiran la Constitución Española”.<sup>10</sup> El diario *El País* comentó: “La unión (...) a Europa detenta la significación histórica, que nos permite romper con el pesado lastre de nuestras tradiciones inciviles excéntricas e intolerantes y abrir nuevos horizontes culturales a las generaciones venideras”.<sup>11</sup> No cabía ninguna duda: la entrada en la CE significaba para España una profunda incisión histórica tras una larga fase de aislamiento conscientemente deseado o forzado, una cesura secular en sus relaciones exteriores, y una reorientación espiritual de significativas dimensiones.

El comentario de *El País* acerca de las “tradiciones inciviles” de la historia española contiene una posible explicación para la apertura española a Europa, y la predominante euforia proeuropea. La incorporación de España a la CE fue considerada como el fin de una época histórica directamente relacionada con la Guerra Civil y sus consecuencias. La guerra se convirtió en el suceso histórico que más claramente ejemplariza el “descuelgue” de España respecto al desarrollo europeo, el punto final de toda una serie de fracasados intentos de modernización. Las consecuencias de la guerra desembocaron en sentimientos de inferioridad de los españoles respecto a Europa, en el aislamiento del país y en una severa escisión social. La apertura en 1975 a la democracia, al progreso y a Europa, supuso un distanciamiento consciente de este pasado indeseado. No en vano, en los años ochenta, un 73% de los españoles veían en la Guerra Civil una época vergonzosa que debía ser olvidada<sup>12</sup>; con ello expresaban su interés en no mirar

---

<sup>10</sup> *ABC* del 13-6-1985, p. 1.

<sup>11</sup> *El País* del 12-6-1985, p. 11.

<sup>12</sup> *Cambio 16* n. 616-619 del 26-9/10-10-1983.

atrás hacia la guerra y sus consecuencias aislacionistas, sino hacia su futuro europeo.<sup>13</sup>

## El papel de España en la Unión Europea

Existen algunos elementos fundamentales que pueden ayudar a entender el modo en que España ejerce sus opciones dentro de la Unión Europea. En primer lugar, la experiencia histórica española ha hecho comprender los graves y negativos efectos del alejamiento y la necesidad de contribuir a la construcción de una Europa unida y fuerte. Por eso, desde su adhesión, España ha mantenido una postura decididamente europeísta, partidaria de la profundización constante, en lo que se refiere a la integración del continente.<sup>14</sup>

España ha tenido una actitud cooperativa en la construcción del mercado único y ha sido leal en el cumplimiento de los compromisos asumidos en el marco regulador del mercado interior. Ha apoyado con entusiasmo y esfuerzo la unión monetaria. Se ha esforzado en impulsar el desarrollo de una identidad común mediante el establecimiento de una ciudadanía europea, introducida en Maastricht por iniciativa espa-

---

<sup>13</sup> Todos los observadores se muestran de acuerdo con tales consideraciones. Es característico de dicha postura una recensión de la más reciente enciclopedia de la historia contemporánea de España, en la que han participado notables historiadores. El crítico caracteriza la postura de los distintos autores de esta obra con la fórmula de que España había sido una “frustración histórica” que mira hoy al futuro con seguridad y un optimismo relativo impensable anteriormente. Ésta era la opinión de la mayoría, según el autor. El pesimismo histórico se había articulado en el convencimiento de que en España todo llegaba tarde y mal: desde la construcción de una administración eficaz hasta la formación de una clase media, desde estructuras estatales eficientes hasta una sociedad moderna. Tales juicios pertenecían definitivamente al pasado. Entre el lamento de la generación de los regeneracionistas y de los intelectuales, que veían a “España como problema”, había surgido una fase modernizadora en la que España había vivido un cambio radical y se había integrado en Europa. Véase la crítica a la enciclopedia *España* de la editorial Espasa Calpe de Juliá, Santos (ed. vol. 1 “Sociedad y política”: Salvador Giner; vol. 5 “Autonomía”: Fusi, Juan Pablo, Madrid 1989/90), en: *El País (Libros)* del 25-3-1990, p. 7.

<sup>14</sup> Royo, Sebastián/Manuel, Paul Christopher (eds.): *Spain and Portugal in the European Union. The First Fifteen Years*. London, 2003; Magone, José M.: *Contemporary Spanish Politics*. London, 2004, pp. 210-231.



ñola, y ha contribuido a poner en marcha nuevas políticas, como la cultural, la educativa o la de la juventud. Por otro lado, ha liderado el proyecto de crear un área europea de libertad, justicia y seguridad.

En segundo lugar, España siempre ha considerado vital para el futuro de Europa el mantenimiento del principio de solidaridad interterritorial. Una de las grandes aportaciones del modelo europeo de integración es la superación del esquema ordinario de las uniones aduaneras o las zonas de libre cambio, estableciendo unos mecanismos internos de solidaridad económica y social. Estos mecanismos, que potencian el desarrollo de los países y regiones relativamente más pobres, permiten compensar, en parte, la desventaja de estos países para competir en un mercado único. Por lo tanto, redundan en beneficio de todos, al ampliar mercados, abrir nuevas posibilidades de inversión y reforzar la cohesión social de la Unión.

En tercer lugar, España es uno de los países miembros en los que más claramente se muestra la realidad diversa de Europa. Europa es, indudablemente, un continente complejo y variado, con un área central más uniforme y unas zonas periféricas que tienen necesidades específicas, dictadas por las propias condiciones naturales y por la localización geográfica. La diversidad se traduce, como es natural, en la defensa de intereses dispares que, en ocasiones, da lugar a incomprensiones, sobre todo cuando se negocian asuntos altamente sensibles como el marco presupuestario plurianual o la reforma de los tratados. Este tipo de incomprensiones recae particularmente sobre aquellos países cuyos problemas y necesidades son menos coincidentes con los de aquéllos que pertenecen al área más uniforme de la Unión, que es actualmente la mayoritaria. Pero la atención a la diversidad y la conciliación de intereses son absolutamente necesarias para construir una Unión Europea equilibrada y cohesiva.

En cuarto lugar, la Península Ibérica es el máximo exponente de la doble dimensión mediterránea y atlántica de Europa. La adhesión de España a la Comunidad Europea ha reforzado esta doble dimensión en la acción exterior de la Unión Europea. Ciertamente es que los grandes cambios que han tenido lugar en la Europa Central y Oriental a partir de 1989, pocos años después de la adhesión de España a la Comunidad Europea, han hecho necesaria una concentración de esfuerzos en el flanco oriental. Pero sin perjuicio de esto, España no ha dejado de insistir en la necesidad de mantener también una presencia fuerte en la

Unión Europea en otras zonas, particularmente en el Mediterráneo<sup>15</sup> y en todo el continente americano. El clima internacional que ha seguido a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 ha puesto de relieve la necesidad de un diálogo profundo y riguroso con el mundo árabe e islámico, una idea que España viene defendiendo desde los años ochenta.

Ahora bien, con toda su importancia, el Este y el Mediterráneo no deben monopolizar por completo la acción exterior de la Unión. Hoy más que nunca se hace necesario que Europa refuerce su diálogo y coordine su política internacional con aquellas regiones que comparten con ella cultura y valores. El vínculo transatlántico con los Estados Unidos y Canadá debe completarse con el desarrollo de la asociación estratégica con América Latina y el Caribe, lanzada en la Cumbre de Río de Janeiro de junio de 1999. La segunda Cumbre de la Unión Europea, América Latina y el Caribe, tuvo lugar en Madrid en mayo de 2002. Estrechó esta asociación birregional de modo que actualmente europeos y latinoamericanos pueden desarrollar una visión común del mundo para hacer frente juntos a los desafíos de la globalización.

Estas líneas básicas, que definen el papel de España en la Unión Europea, también pueden hacer comprender mejor su visión del futuro de Europa, que ha venido determinado fundamentalmente por el modo en que se llevó a cabo la ampliación hacia el Este. Esta ampliación al Este constituyó la fase más trascendental en la realización del proyecto europeo, pues selló el reencuentro y la reunificación de una Europa durante largas décadas dividida. La posición de España con respecto a la ampliación ha sido siempre de apoyo a este proceso, con independencia del gobierno en el poder, existiendo a este respecto un consenso entre todos los partidos políticos y un amplio respaldo de la opinión pública. Sobre esto último se puede consultar el eurobarómetro que ha situado siempre a la opinión pública española entre las más favorables a la ampliación.

España, país periférico en lo geográfico pero central en el proyecto político de una Europa unida, tiene que seguir desarrollando un impor-

---

<sup>15</sup> Sobre la política española en el Mediterráneo y, concretamente, el Proceso de Barcelona, *cfr.* “Barcelona-Prozess”, en: *Aus Politik und Zeitgeschichte* 45/2005, del 7 de noviembre de 2005.

tante papel, contribuyendo a reforzar el necesario equilibrio de este proyecto y a asegurar que continúe siendo una empresa dinámica y solidaria. En esta era de la globalización, con sus promesas y sus amenazas, no hay otra alternativa razonable que reforzar la Unión Europea.

### **Turbulencias europeo-atlantistas durante el gobierno de Aznar (1996-2004)**

Lo expuesto hasta aquí ha sido, en términos generales, política “de Estado” durante la mayor parte de los años ochenta y noventa, es decir que si bien la oposición parlamentaria conservadora fue crítica con muchos aspectos de la política europeísta del gobernante PSOE (1982-1996), estuvo de acuerdo en cuanto a las líneas directrices de esta política. Las cosas irían a cambiar durante el gobierno de José María Aznar (1996-2004), del Partido Popular, ante todo durante su segunda legislatura, mientras que la política exterior del primer gobierno de Aznar fue –por lo menos en opinión de Charles Powell– una continuación con respecto a la etapa anterior.<sup>16</sup> Ya en 1997, Aznar promovió una Unión Europea dirigida hacia objetivos económicos que en marzo del año 2000 recogería la Agenda de Lisboa.<sup>17</sup> Por aquel entonces, comenzaba a forjarse un liderazgo hispano-británico (Tony Blair acababa de ser elegido primer ministro de Gran Bretaña), mientras que la relación entre Francia y Alemania entraba en una crisis.

En la segunda legislatura de Aznar, tuvieron lugar unos cambios en política exterior que probablemente se debían a decisiones bastante personales del presidente de Gobierno que entre tanto había obtenido una mayoría absoluta. José María Aznar hizo una lectura de los ataques de Al Qaeda, del 11 de septiembre 2001, a Estados Unidos, que se correspondía con la interpretación estadounidense de estos ataques.

---

<sup>16</sup> Powell, Charles: “¿Qué habría sucedido si Aznar no hubiera apoyado la guerra de Irak en 2003?”, en: Townson, Nigel (dir.): *Historia virtual de España (1870-2004)*. ¿Qué hubiera pasado si ...? Madrid, 2004, pp. 297-321.

<sup>17</sup> Sobre la política exterior española entre 1996 y 2004, cfr. Pereira, Juan Carlos (coord.): *La política exterior de España (1800-2003)*. Historia, condicionantes y escenarios. Barcelona, 2003; Tusell, Javier et al. (eds.): *La política exterior de España en el siglo xx*. Madrid, 2000.

También coincidía con el presidente George W. Bush en que la única reacción posible debía ser la declaración de una guerra global contra el terrorismo; consecuentemente, ofreció el incondicional apoyo español a Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo. Este apoyo se materializó primero en la ayuda española a la intervención anglo-estadounidense de octubre de 2001 contra el régimen talibán de Afganistán por el supuesto apoyo logístico de éste a Al Qaeda; más tarde, España participó en la “Fuerza Internacional para la Asistencia y Seguridad de Afganistán” (ISAF). Pero el apoyo más significativo a la “guerra contra el terror” de George W. Bush fue la participación española en la guerra contra el Irak de Sadam Hussein, en septiembre de 2003, tras la caída de Bagdad; Aznar envió algo más de 1.300 soldados a Irak.

La mayor parte de los analistas de la política exterior española entre 1996 y 2004 concuerda en señalar que se trataba de una política personal del entonces presidente de Gobierno que quería, con su alineamiento junto a Estados Unidos y Gran Bretaña, sacar a España del “rincón de los países que no cuentan”.<sup>18</sup> Aznar se decidió por un ferviente “atlantismo” en defecto de otras opciones como podría haber sido un tradicional “europeísmo”. El presidente del Gobierno hablaba de la “segunda transición”, en la que España debía llegar a ser un país económicamente potente, que negociara en igualdad de condiciones a nivel internacional con los grandes *players* políticos. La política exterior española debía tener lugar en la “primera división” de la política internacional, a la cual Aznar quería llegar con ayuda de Estados Unidos. Ya veía a España en una posición mediadora en la construcción de una zona de libre cambio entre Estados Unidos y Europa. El país ibérico, como octava economía mundial, con una lengua hablada por 400 millones de personas y una destacada posición geopolítica, debía convertirse en un actor internacional central.<sup>19</sup>

El cambio de una alianza con los Estados Unidos iba en defecto de otros campos tradicionales de la política exterior española, ante todo en cuanto a Europa, el Mediterráneo y América Latina. En el contexto

---

<sup>18</sup> Cfr. las memorias de Aznar, José María: *Ocho años de gobierno. Una visión personal de España*. Barcelona, 2004.

<sup>19</sup> Cfr. Maihold, Günther: *Kurswechsel in Madrid. Die Außenpolitik Spaniens nach den Attentaten vom 11. März 2004 und vor dem Regierungswechsel*. Marzo de 2004 (= *SWP-Aktuell*, nº 12).

europeo, el gobierno de Aznar asumió conscientemente la función de un protagonista de la “Nueva Europa”. En lugar de alinearse con Francia y Alemania, buscó la cercanía de Gran Bretaña y los países que estaban a punto de ingresar en la Unión Europea, ante todo Polonia, para de esta manera resaltar su nuevo papel.

El nuevo alineamiento de España con Estados Unidos se hizo notar ante todo en la política frente a Irak. El gobierno de Aznar desarrolló un perfil de solidaridad absoluta con el gobierno de los Estados Unidos.<sup>20</sup> Al mismo tiempo, Aznar perseguía la intención de hacer de España una de las grandes naciones europeas, ser aceptado en el seno del grupo G7 y estar representado, como miembro no permanente, en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Un plan estratégico preveía que España debía asumir un rol dirigente en la Unión Europea, que el peso económico y cultural de España en el contexto latinoamericano debía ser fortalecido, que el país debía abrirse a todas las regiones del mundo y que en el mundo globalizado de hoy una postura solidaria era de especial importancia, y que por eso debían hacerse todos los esfuerzos posibles en el campo de la ayuda al desarrollo. Con este plan, España sobrepasaba claramente los límites de su política exterior tradicional.

En primavera del año 2000, Aznar proclamaba en las Cortes españolas: “Ahora nos encontramos, donde siempre queríamos estar.” Esta afirmación se refería a la integración de España en la Unión Económica y Monetaria, a la defensa de intereses españoles en la “Agenda 2000” y a la incorporación de España en la estructura militar de la OTAN. En el ámbito de la política exterior y de seguridad de la Unión Europea, en cuestiones decisivas Aznar representaba, después del 11 de septiembre de 2001, una posición minoritaria, que más tarde sería asumida también por Gran Bretaña y por Italia.

La posición “atlantista” de Aznar en la cuestión iraquí se debía seguramente a la convicción del presidente de Gobierno de que el único poder hegemónico que quedaba en el mundo, debía ser el punto de orientación de la política exterior española. El atlantismo fue preferido a una estrecha colaboración con los socios europeos, ya que el jefe de

---

<sup>20</sup> Cfr. Barbé, Esther: “Spanien”, en: *Jahrbuch der Europäischen Integration 2000/01*. Bonn, 2001, pp. 391-398.

Gobierno español veía el futuro de la política exterior española en una estrecha alianza con los Estados Unidos. Posiblemente, Aznar incluso haya intensificado deliberadamente el disentimiento con Francia y Alemania, después de que se hubiera fijado en que la estrecha cooperación entre ambas naciones en la cuestión de Irak había tenido lugar sin haber consultado estos dos países a los otros socios europeos. No haber sido invitado, desde un principio, a participar en el “eje Berlín-París”, habría despertado en Aznar recuerdos de los tiempos en que España no era tomada en serio en materia de política exterior.

En las críticas que se formularon frente a esta política atlantista, se resaltaba la ruptura de una política de distensión con los países islámicos, el aislamiento de Iberoamérica y los problemas con los socios europeos. El resultado de la política de Aznar —así se resumían muchas críticas— no era un mayor protagonismo de España a nivel mundial, sino un continuo aislamiento de los espacios con los que España mantenía tradicionalmente buenas relaciones (como el mundo islámico y América Latina), y ante todo de Europa, a la que pertenecía históricamente y como comunidad de valores.

### **El “síndrome pedigüño”**

En cuanto a la pertenencia de España a la zona euro, tanto el gobierno socialista como el conservador desarrollaron una visión de futuro en la que se equiparó el ingreso en la Unión Monetaria con bienestar, ocupación y posibilidades de futuro. Aznar presentó la participación de España en la Unión Económica y Monetaria como un cambio histórico para su país. Durante la primera legislatura del gobierno conservador (1996-2000), críticos interpretaron la relación de España con Europa como una política de mera “optimización de ganancias”, de aumentar en lo posible los recursos europeos. Más de una vez se podía oír el reproche del “síndrome pedigüño”. Del fondo de cohesión, instituido en 1992, España recibió entre 1994 y 1999 el 55% de todos los medios disponibles. Cada intento por parte europea de reducir el importe español fue contestado por Madrid con la amenaza de bloquear la reforma de la Unión Europea. En la cumbre europea de Berlín, de 1999, Aznar, en un duelo personal nocturno con el canciller alemán Gerhard Schröder, incluso pudo lograr que España recibiera en el futuro el 62% del fondo de cohesión.

Las propuestas del gobierno de Aznar en materia europea fueron muy conservadoras. El Partido Popular rechazó todos los proyectos y se concentró, en base a lo que ya existía, en la solución de problemas concretos. La postura de Madrid con respecto a la reforma del Tratado de Amsterdam —por poner un ejemplo— consistía en promover exclusivamente aspectos necesarios de una reforma institucional, impidiendo todos los intentos de una reforma más trascendental. La meta perseguida era conservar el *statu quo* comunitario. El comisario (español) de la Unión Europea, Pedro Solbes (por cierto, un socialista), comentó en su día que el gobierno de Aznar se encaraba a Europa con una visión del pasado, considerando en primer lugar los propios problemas, como la conservación de los fondos de cohesión para España.<sup>21</sup>

Aznar perseguía una clara meta: En el marco de una Unión Europea ampliada, España debía seguir disfrutando del estatus de un socio “grande”. Al introducirse el principio de rotación, España debía estar representada continuamente en la Comisión Europea, y en el Consejo debía estar entre los “cinco grandes”, de los cuales tres ya forman una minoría de bloqueo. De gran importancia para el futuro sería la distribución de los votos en el Consejo de Ministros, decidida en el encuentro de Niza. España recibió 27 votos, una distribución muy ventajosa. Aznar mismo argumentó que en la batalla de Niza, España había salido bien parada.<sup>22</sup>

Una de las metas fundamentales en materia de política europea del gobierno de Aznar era, pues, el reconocimiento de España como socio “grande” de la Unión Europea y la reivindicación de seguir recibiendo medios del fondo regional. Esta meta se convertiría en un tema conflictivo en relación con la proyectada ampliación de la Unión Europea hacia el Este. Pues aunque los gobiernos españoles estaban, al igual que la mayoría de los ciudadanos, a favor de la ampliación, Madrid insistía en mantener dos ideas sustanciales: en la completa asunción del estatus comunitario y en la obligación de los “nuevos”, de moverse en el marco de las perspectivas financieras que habían sido decididas en

---

<sup>21</sup> Cfr. Barbé, Esther: “Spanien”, en: *Jahrbuch der Europäischen Integration* 2000/01. Bonn, 2001, pp. 391-398, esp. p. 393.

<sup>22</sup> Cfr. Areilza Carvajal, José María de: “La reforma de Niza: ¿Hacia qué Unión Europea?”, en: *Política Exterior* 79, 2001, pp. 104-119; Elorza, Javier: “La UE después de Niza”, en: *Política Exterior* 79, 2001, pp. 120-132.

1999 por el Consejo Europeo de Berlín. La insistencia por parte española en mantener el *statu quo* se debía ante todo al principio de cohesión y sus consecuencias: las subvenciones europeas significan más del 1% del PIB español.

De momento, once de las 17 Comunidades Autónomas españolas siguen siendo zonas de desarrollo del tipo “meta 1”, lo que significa que el ingreso medio per cápita (todavía) se encuentra por debajo del 75% del PIB per cápita en los países de la Unión Europea. Aproximadamente, el 28% de los medios europeos destinados a zonas del tipo “meta 1” va (todavía) a España; además, el país recibe más o menos el 62% de los medios comunitarios de los fondos de cohesión. Desde hace mucho tiempo, España es el país que obtiene más ingresos netos de dinero europeo de los fondos estructurales y de cohesión.<sup>23</sup>

En abril de 2001, el gobierno español presentó un memorándum, según el cual la Unión Europea debía considerar que la ampliación al Este tendría un “efecto estadístico”; es decir que algunas regiones españolas sobrepasarían el 75% del PIB medio de la Unión Europea, perdiendo de esta manera el derecho a seguir percibiendo ayudas comunitarias. Pero como los ingresos en estas regiones no subirían de hecho, sino sólo a causa de un mero “efecto estadístico”, el memorándum español exigía seguir apoyando estas regiones. España introdujo de esta manera un debate sobre el presupuesto comunitario en relación con la ampliación hacia el Este en un momento en el que todavía no estaban previstas negociaciones al respecto. Alemania, Francia y otros países se declararon en contra de conceder a España garantías que relativizaran o incluso eliminaran este efecto. Pero para compensar esta desventaja estadística Bruselas decidió el nuevo programa “Convergencia y Competitividad”, según el cual las regiones en cuestión recibirán en una fase de tránsito el 66% de las ayudas que hubieran recibido en caso de seguir siendo regiones del tipo “meta 1”.<sup>24</sup>

La cumbre de Berlín de 1999 había aportado a España para el período 2000-2006 más de 56.000 millones de euros de los fondos regiona-

---

<sup>23</sup> Cfr. Maihold, Günther/Maurer, Andreas: *Neue Impulse aus Europas Süden*. Berlin, marzo de 2005 (= *SWP-Aktuell*, nº 13).

<sup>24</sup> Cfr. Gillespie, Richard/Younges, Richard (eds.): *Spain: The European and International Challenges*. London, 2001.



les y de cohesión de la Unión Europea; casi el 40% de todas las ayudas estructurales de la Unión Europea va a parar, desde entonces, a proyectos españoles de construcción. Esto significa que España se ha convertido, por mucho, en el país que más subvenciones netas recibe de la Unión Europea. En el período 2007-2013, España probablemente perderá un 30% de estos fondos. Por la eliminación del fondo de cohesión España perderá, sin compensaciones de ningún tipo, unos 12.000 millones de euros. Desde su ingreso en la Comunidad Europea en 1986, España recibió (hasta 2003) unos 85.000 millones de euros de los fondos comunitarios. Por eso, Madrid espera conseguir generosas soluciones transitorias hasta perder el apoyo comunitario definitivamente.

En 2003, el saldo neto de los fondos europeos ascendía a 8.700 millones de euros a favor de España; esto equivalía al 1,21% del PIB español. Algunas cifras más permiten reconocer la enorme importancia de Europa para España: desde 1987 hasta hoy, cada año el 0,8% del PIB español se debe, como valor medio, a ingresos netos provenientes de la Unión Europea. El 90% de todas las inversiones extranjeras en España viene de países comunitarios. Cada año, se crean en España unos 300.000 puestos de trabajo gracias a medios europeos; cuatro de cada diez kilómetros de autopistas y autovías españolas han sido construidas con financiación por parte de la Unión Europea; el 87% de los 52 millones de turistas anuales que visitan España proviene de la Unión Europea; el 74% de las exportaciones españolas va a países comunitarios, el 66% de las importaciones españolas viene de países de la Unión Europea; el 24% de los ingresos españoles en la agricultura se debe a ayudas directas comunitarias; desde el ingreso de España en la Comunidad Europea, las transferencias de subvenciones agrarias de la Unión Europea a España han subido (hasta 2004) 30 veces; entre 2000 y 2003, unos 16 millones de españoles han sacado provecho directo de los fondos sociales comunitarios; el 46% de las ayudas europeas para la pesca fue, entre 2000 y 2006, para España.<sup>25</sup>

En primavera de 2005, la dirección de la Unión Europea accedió a la propuesta española de prever soluciones transitorias para la fase después de 2006 en relación con el fondo de cohesión. Parece ser que España seguirá recibiendo en 2007 y 2008 ayuda financiera de este

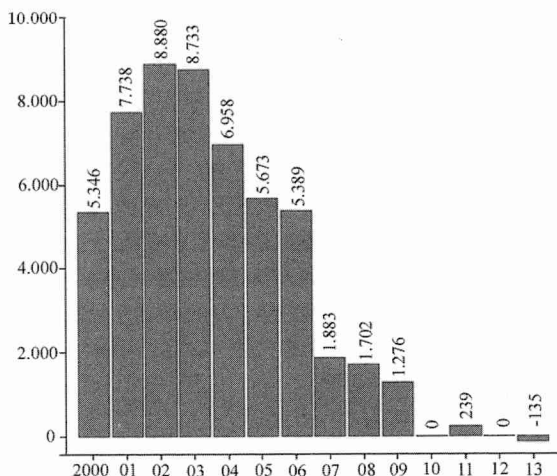
---

<sup>25</sup> Cfr. “La Constitución europea, en las urnas”, en: *El País*, 20/05/2005, p. 19.

fondo (si bien menos que antes). Ahora bien: en los próximos años aumentará la contribución española a los fondos de la Unión Europea, de 9.800 millones de euros en 2005 a 15.800 millones en 2013. Si se suman la reducción de los ingresos españoles por parte de la Unión Europea y el aumento de los gastos españoles a favor de la Unión Europea, resulta una diferencia de unos 6.000 millones de euros que perderá España a partir de 2007.

El saldo neto de los flujos financieros entre España y la Unión Europea fue, entre 2000 y 2006, de unos 48.000 millones de euros a favor de España; para el período 2007-2013 está previsto un saldo neto de “sólo” 5.000 millones de euros. A partir de 2013, España será un contribuyente neto. Las consecuencias para el crecimiento económico serán claramente negativas. Según los planes financieros de la Unión Europea para el período 2007-2013, España perdería un 30% de las ayudas percibidas hasta ahora del fondo de cohesión. La ampliación comunitaria hacia el Este europeo cuesta a Madrid, pues, casi 40.000 millones de euros, es decir aproximadamente el 0,6% del PIB español. El desarrollo de los medios comunitarios para España entre 2000 y 2013 será probablemente el siguiente (a partir de 2007, se trata de una estimación):

**Saldo financiero de las ayudas comunitarias para España**  
(en millones de euros)



Fuente: *El País*, 4/III/2005, p. 67.

## **Las elecciones del 13 de marzo 2004: el cambio en materia de política exterior**

Bajo la impresión de los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004, las elecciones parlamentarias del 13 de marzo tuvieron por resultado un cambio de gobierno. En los días siguientes al atentado se divulgó ampliamente la impresión de que las informaciones relativas al trasfondo de los atentados habían sido manipuladas para hacer aparecer a ETA responsable del atentado; de esta constelación, el Partido Popular esperaba sacar provecho electoral. En la política exterior, podían esperarse cambios sustanciales, ya que el candidato socialista José Luis Rodríguez Zapatero había anunciado reiteradamente querer abandonar el campo de los que apoyaban la postura estadounidense. Con el retiro de los 1.300 soldados españoles del Irak, efectuado poco después de asumir Rodríguez Zapatero la presidencia del gobierno, comenzó el deterioro de la coalición bélica. Además, España volvió a orientarse hacia Europa. Esto significaba el abandono de la estrategia del ex-gobierno conservador, que había contemplado Europa desde la periferia, y que había tratado de concluir alianzas (tanto europeas como trasatlánticas) desde esta perspectiva.

El nuevo gobierno socialista invirtió todas sus energías en sacar al país de la “trampa ambiciosa” del gobierno de Aznar. El PSOE se declaraba europeísta y a favor de una política exterior orientada hacia el multilateralismo.<sup>26</sup> Para la futura política exterior debían regir los siguientes principios: una clara priorización de la profundización y la ampliación de la Unión Europea; al apoyo de la legalidad internacional, representada por Naciones Unidas; la conciencia de pertenecer a la Comunidad Iberoamericana de Naciones; una iniciativa general –no sólo de política exterior– para fomentar el diálogo y la cooperación con todos los países de la región mediterránea y para hacer posible una solución justa y duradera del conflicto árabe-israelí; el reconocimiento

---

<sup>26</sup> Cfr. Iturriaga Barco, Diego: “La actual política exterior de España. Breve análisis diferencial entre las acciones internacionales anteriores y posteriores al acontecimiento del 11-14 M”, en: Delgado Idarreta, José Miguel/Andrés Cabello, Sergio (eds.): *La Rioja, España, Europa. Actas del V Simposio de Historia Actual (Logroño, 4 al 6 de noviembre de 2004)*. Logroño, 2006, pp. 263-276

del diálogo trasatlántico en base a una relación igualitaria con Estados Unidos, resaltando al mismo tiempo la autonomía política frente a Estados Unidos también a nivel bilateral; la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado, tanto a nivel nacional como internacional.<sup>27</sup>

Para implementar estas orientaciones, el gobierno de Rodríguez Zapatero quería reajustar los cuatro ejes centrales de la política exterior española: Unión Europea, Iberoamérica, Mediterráneo y relaciones trasatlánticas, eliminando al mismo tiempo parte del cambio introducido por el gobierno de Aznar en la política exterior. El nuevo gobierno pudo hacer suyas posiciones que desde el gobierno de Felipe González forman parte de la tradición del Partido Socialista. Rodríguez Zapatero quería hacer uso del “eje” Alemania-Francia, para garantizar a España una posición en el centro de Europa y no tener que seguir tejiendo alianzas desde la periferia europea, como lo había hecho el gobierno conservador. Es un importante cambio de coordenadas que el gobierno de Rodríguez Zapatero vuelva a observar a Europa desde el centro.

## **El regreso de España a Europa**

La foto de la “Cumbre de las Azores”, de marzo de 2003, fue en cierta manera simbólica para el atlantismo de Aznar. Blair, Bush y Aznar fijan su decidida mirada en la cámara; Bush pone su mano —de manera un tanto paternalista— sobre los hombros de Aznar, éste finalmente es uno de los “grandes” de este mundo. Exactamente año y medio después, en septiembre de 2004, vuelve a publicarse una foto de tres políticos. Esta vez los estadistas que son retratados delante del Palacio de la Moncloa, ríen. Se trata de Schröder, Chirac y el nuevo presidente del gobierno español, Rodríguez Zapatero. Aznar había preferido la alianza trasatlántica a la solidaridad intraeuropea; en el conflicto del Irak se había distanciado de Alemania y Francia, alineándose con Bush; e insistiendo en las resoluciones de Niza, también se había opuesto a la Constitución Europea. Aznar se oponía ante todo al principio de la doble mayoría en el Consejo de Ministros europeo, por la cual España supuestamente

---

<sup>27</sup> Arenal Moyúa, Celestino del: “La política exterior del gobierno socialista”, en: *Política Exterior*, 100, 2004, pp. 111-126.

perdía peso internacional. Todo esto, Rodríguez Zapatero lo cambió en pocas semanas.

El cambio de rumbo en materia de política exterior fue interpretado como un “regreso” a Europa. Rodríguez Zapatero mismo decía que había reconducido a España “al corazón de Europa”. El lema del PSOE para las elecciones europeas del 13 de junio 2004 rezaba, en consecuencia: “Volvemos a Europa”, lo que suponía una clara crítica de la anterior política conservadora que —en esta perspectiva— había apartado a España de Europa. Por otro lado, en las elecciones europeas se volvió a poner de manifiesto la ya conocida indiferencia de la población española frente a temas europeos: sólo un 46% de la población con derecho a voto fue a votar. Fue la participación más baja desde que hay elecciones al Parlamento europeo. Vencedores fueron los socialistas con el 43,37% de los votos (unos ocho puntos más que en las últimas elecciones europeas), seguidos de cerca por los conservadores que pudieron mejorar tanto su resultado de las últimas elecciones europeas de 1999 (por 1,5 puntos) como el resultado de las elecciones parlamentarias españolas de marzo de 2004 (por unos cuatro puntos). En Estrasburgo, el socialista español José Borrell fue elegido presidente del Parlamento europeo. Con su nueva política exterior, Rodríguez Zapatero se encontraba en plena consonancia con la opinión mayoritaria de la población española: un 76% de los españoles se oponía, a mediados de 2004, al liderazgo de los Estados Unidos en el mundo, y un 86% a la política exterior de George W. Bush.

Tradicionalmente, las alternativas atlantismo y europeísmo no habían sido opciones excluyentes para España. Felipe González, el convencido europeísta, había firmado en 1995, durante la presidencia española en la Unión Europea, junto con Bill Clinton y Jacques Santer en Madrid la nueva “Agenda Trasatlántica” y el esbozo de una nueva declaración euro-americana. Encuestas representativas pusieron de manifiesto en primavera de 2004, que los españoles no querían tener que decidirse entre europeísmo y atlantismo. El 80% declaró que la prioridad en materia de política exterior correspondía a Europa —una Europa que no querían como superpotencia—; y cada tercer encuestado decía que Europa y los Estados Unidos eran igualmente importantes. Las manifestaciones masivas contra la participación española en la guerra de Irak permiten, pues, la interpretación de que esta política de Aznar había abandonado un consenso en política exterior predominante por mucho

tiempo, que partía de un equilibrio entre Europa y los Estados Unidos, y que Aznar se había decidido unilateralmente por el atlantismo.

Al distanciamiento de Bush y a la rápida retirada de las tropas españolas de Irak siguió el sí a la Constitución europea. El 20 de febrero de 2005, España realizó como primer país europeo un referéndum sobre la Constitución. La participación en este referéndum fue, con un 42,3%, reducida, pero el resultado fue inequívoco: el 76,7% votó a favor y sólo el 17,2% en contra de la Constitución, un 6% dejó las papeletas en blanco. Tanto socialistas como conservadores, en la campaña del referéndum habían abogado unánimemente por la aprobación del Tratado, y también los sindicatos y las organizaciones empresariales estaban a favor. El gobierno había realizado una campaña de información sin precedentes, pero sin poder cambiar el generalizado desinterés de la mayoría de la población. El Partido Popular se encontraba en un cierto dilema: por un lado, no quería poner en duda su postura eurofílica; pero por otro lado tenía que impedir que la votación pudiera interpretarse como voto de confianza para el gobierno socialista, ya que el PSOE y el PP tienen conceptos diferentes justo en materia de política europea: con respecto a la política educativa y de inmigración, a la común política exterior y de seguridad, a la lucha contra el terrorismo y el compromiso europeo en Irak.<sup>28</sup>

## Reflexión final

Desde hace más de 20 años España esta sólidamente integrada en las estructuras europeas, y en varios sentidos incluso se puede afirmar que los españoles se han convertido en algo así como los “europeos modelo”. Esto tampoco pudo cambiarlo el curso atlantista del gobierno de Aznar. Además, un análisis del gobierno de los conservadores tiene que diferenciar entre la primera y la segunda legislatura. Mientras que en los primeros cuatro años, cuando el PP no tenía mayoría absoluta, la cooperación con los sindicatos y los nacionalismos periféricos jugó un gran papel, la economía era boyante y el país se afilió a la zona euro, en

---

<sup>28</sup> Cfr. Maurer, Andreas: *Ratifikationsverfahren zum EU-Verfassungsvertrag*, mayo de 2005 (= *SWP-Diskussionspapier der EG* 1, 2005).

los segundos cuatro años —después de haber conseguido el PP una mayoría absoluta en el Parlamento— dominaba la confrontación con los sindicatos y los nacionalistas vascos, el legislar sin tener en consideración a la oposición, el alejamiento de los tradicionales socios europeos y la orientación unilinear hacia Estados Unidos, en términos generales: un estilo político arrogante y prepotente. Si bien España logró, en los años de gobierno conservador, con una tasa media de crecimiento del 3,2% por año superar en mucho la dinámica en el resto de la Unión Europea, el porcentaje de desempleados siguió siendo muy elevado, el mercado laboral estaba muy segmentado, la productividad laboral era de las más bajas en Europa, los gastos para Investigaciones y Desarrollo se encontraban (con el 1% del PIB) muy por debajo de la media europea.

Ya mucho antes de las elecciones de marzo del 2004, Aznar había anunciado que no volvería a presentarse como candidato para presidente del gobierno. Su lugar lo ocupó el que había sido hasta entonces su sustituto, el jurista gallego Mariano Rajoy, que prometió proseguir básicamente la política de Aznar. En la campaña electoral, los conservadores repitieron una y otra vez los mismos eslóganes: unidad estatal, lucha contra el terrorismo, crecimiento económico, protagonismo de España en Europa y en el mundo. Analistas políticos observaron antes de las elecciones una tendencia mayoritaria de los electores hacia el PSOE; pero hasta poco antes del día de la votación, casi todos los observadores estaban convencidos de una segura victoria electoral de los conservadores. La cuestión que se debatía era si el PP ganaría con una mayoría absoluta o sólo relativa.

Los socialistas anunciaron, con su candidato José Luis Rodríguez Zapatero, un cambio radical en la política exterior y múltiples reformas en la política interior. Insistieron ante todo en la idea de una “España plural”, es decir que estaban dispuestos a emprender una reforma de los estatutos de autonomía (en el marco de la Constitución) y que además las Comunidades Autónomas debían recibir más consideración en la Unión Europea. Rodríguez Zapatero anunció un “cambio tranquilo”. El resultado de las elecciones llevó de nuevo, y de manera sorprendente, a los socialistas al poder, y rápidamente iniciaron un cambio de rumbo en varios campos políticos. Esto es válido ante todo para la política europea. Rodríguez Zapatero volvió a acercarse decididamente a los tradicionales aliados de España en Europa, Alemania y Francia, acabó con el

bloqueo de la Constitución Europea y puso de manifiesto que también en otros campos estaba dispuesto a concluir compromisos. Habrá que ver si se mantiene este curso eurófilo, habida cuenta de que las grandes ayudas financieras de Bruselas disminuirán dentro de poco tiempo, para acabar definitivamente en la próxima década. A más tardar entonces es de esperar un nuevo debate sobre la relación de España con Europa.

### Bibliografía sumarisima

- AREILZA CARVAJAL, José María de (2001): “La reforma de Niza: ¿Hacia qué Unión Europea?”, en: *Política Exterior* 79, pp. 104-119.
- ARENAL MOYÚA, Celestino del (2004): “La política exterior del gobierno socialista”, en: *Política Exterior* 100, pp. 111-126.
- ARMERO, José Mario (1989): *Política exterior de España en Democracia*. Madrid.
- AZNAR, José María (2004): *Ocho años de gobierno. Una visión personal de España*. Barcelona.
- BERNECKER, Walther L. (1999): *España entre tradición y modernidad. Política, economía, sociedad (siglos XIX y XX)*. Madrid, pp. 312-320.
- ELORZA, Javier (2001): “La UE después de Niza”, en: *Política Exterior* 79, pp. 120-132.
- FREY, Peter (1988): *Spanien und Europa. Die spanischen Intellektuellen und die europäische Integration*. Bonn.
- GILLESPIE, Richard/YOUNGES, Richard (eds.) (2001): *Spain: The European and International Challenges*. London.
- MAGONE, José M. (2004): *Contemporary Spanish Politics*. London.
- MAIHOLD, Günther/MAURER, Andreas (2005): *Neue Impulse aus Europas Süden*. Berlin: marzo (= *SWP-Aktuell*, nº 13).
- (2004): *Kurswechsel in Madrid. Die Außenpolitik Spaniens nach den Attentaten vom 11. März 2004 und vor dem Regierungswechsel*. Berlin: marzo (= *SWP-Aktuell*, nº 12).
- NIEHUS, Gerlinde Freia (1988): *Außenpolitik im Wandel. Die Außenpolitik Spaniens von der Diktatur Francos zur parlamentarischen Demokratie*. 2 vols. Frankfurt.
- PEREIRA, Juan Carlos (coord.) (2003): *La política exterior de España (1800-2003). Historia, condicionantes y escenarios*. Barcelona.
- POWELL, Charles (2004): “¿Qué habría sucedido si Aznar no hubiera apoyado la guerra de Irak en 2003?”, en: Townson, Nigel (dir.): *Historia virtual de España (1870-2004). ¿Qué hubiera pasado si...?* Madrid, pp. 297-321.



ROYO, Sebastián/MANUEL, Paul Christopher (eds.) (2003): *Spain and Portugal in the European Union. The First Fifteen Years*. London.

TUSELL, Javier *et al.* (eds.) (2000): *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid.